

## Sobre el Feminismo Hoy. A la búsqueda de un otro sentido del ser y el hacer feminista en este tiempo.

*Por Yuderkys Espinosa Miñoso  
Febrero 2003. Buenos Aires.*

Hay una sensación que necesito precisar sobre lo que significa habitar el feminismo hoy y que solo es un intento por poner palabra a un límite, un límite de las palabras conocidas que no dan cuenta, que no alcanzan para expresar lo que acontece en este tiempo. Hacer una revisión de lo que vivimos hoy es importante, se vuelve urgencia. Quiero intentar dar cuenta de lo que me pasa con esta experiencia del feminismo hoy, antes de que se borre, antes de que este momento quede sepultado por un nuevo movimiento.

Hay primero que nada sensaciones, puras sensaciones que quiero nombrar. Hay una sensación de vacío, cansancio, una impotencia, un hartazgo, un deseo de que pase algo, de que *me* pase algo. Algo del orden de lo inédito, algo como vivir, algo que sea más que el lento rumor de mis pasos atrapados, algo más que el conocido sonido de nuestros discursos gastados ya en mi memoria. Una necesidad de que pase algo del orden de lo sorprendente, algo que no sea el chasquido inútil de nuestros pies resbalando en el fango. Algo más que esta imagen detenida nuestra como imagen frizada de una pantalla que una vez corrió y fue historia, vida en movimiento. Hay... y esa es quizás, la imagen más potente que logro disponer a la falta de otra, una sensación de inmovilidad aplastante, una falta de movimiento.

Y demasiada es ya esta sensación de inmovilidad para algo que se ha llamado movimiento. Si se han dicho tantas cosas sobre los movimientos, yo digo que quizás faltó nombrar lo que por tan dado es que aparece tácito, pero que hoy se me hace urgente nombrar ante su desnaturalización: un movimiento es indefectiblemente algo que se mueve, algo del orden del actuar, de la acción, de la actividad, de la movilidad, de la potencia, del impulso, de la circulación, de la energía...de la vida. Como la vida misma un movimiento es aquello que se mueve, moverse es su sentido y su esencia. En este tiempo en que desmeritamos de la esencia, en que ha quedado tan desprestigiada (y con razón!), yo digo que la esencia de un movimiento es moverse. Un movimiento era el feminismo, y el feminismo como movimiento era algo del orden de la acción, algo en permanente movimiento, algo que *se* movía y que *nos* movía, nos afectaba, nos impulsaba. Una hablaba de algo como *movimiento feminista* para nombrar aquello del orden del bullir, del permanente flujo, del caminar, de una fuerza vital incansable; así pues su esencia, su razón de ser era el movimiento, moverse-movernos ese era su sentido. No había otro. El feminismo nos movía y nos *con*-movía. Algo hacía con nosotras que luego de entrar ya no queríamos salir, que luego de entrar ya no éramos más las que fuimos. Algo del orden de nuestra subjetividad era trastocado. El feminismo trastocaba y conmocionaba. El feminismo era una experiencia, un nacimiento, un tránsito hacia un otro lugar, un viaje sin retorno...eso, un movimiento.

Hoy parecería al término de una era, que el feminismo ya no es lo que era. No quiero resonar a vieja chocha que se define en su relación con el pasado que fue y que añora. Solo digo algo obvio, el feminismo que conocimos ya no es más. No tendría porque serlo tampoco. Las cosas cambian y que bueno. Una amiga dice sin embargo, "sí, que cambie...pero la cuestión es que cambie para bien". Una espera que las cosas cambien para bien. Nuestra matriz moderna nos dice que la historia cambia hacia delante, ni un paso atrás. La idea del progreso nos atraviesa. Exigimos, pedimos, trabajamos para que las cosas avancen, un impulso vital nos mueve hacia delante y eso es bueno. Solo gracias a ello hay historia. Quizás el problema no esta en la búsqueda de este movimiento hacia delante. Quizás es solo que debemos darnos cuenta, tener la sabiduría para comprender esta verdad insoslayable de flujo y

reflujo en la historia. Si somos voluntad e impulso vital, si somos constructoras, también es verdad que somos hijas e hijos de nuestro tiempo, también somos construidas. Si hacemos historia, la historia también nos hace. Nuestras acciones no obtienen como resultado el traer al mundo las utopías que le dieron vida. Los resultados de nuestros movimientos nos superan. Después de 30 años de esta llamada segunda ola feminista, es claro que las cosas han cambiado, las cosas ya no son como eran, pero no son tampoco como las soñamos. La Arendt nos hablaba de que la acción nunca trae como resultado exacto lo que procuraba, entre otras cosas por que nuestras acciones ocurren en un mundo habitado por la presencia del otro, de la otra, con sus voluntades diversas; así que nunca actuamos solas sino como parte de una comunidad de actores por lo que los resultados que se obtienen son al final hijos nuestros y de los demás, es decir hijos de nuestra época.

La sociedad por tanto ha cambiado, pero la complejidad del cambio no nos permite pensarlo solo en términos binarios de bien o mal, a pesar de que muy recurrentemente así lo hagamos. La vida de las mujeres, la vida en general ha cambiado y esto para bien y para mal, las dos cosas al mismo tiempo. Nuestro mundo y el mundo de la vida particular de cada mujer y de cada hombre ya no es lo que era hace 30 años. El feminismo tampoco lo es. No podría serlo. El problema es quizás que el feminismo no es lo que era pero tampoco es capaz de ser otra cosa. Parecería por el contrario, que en vez de ser otra cosa el feminismo comienza a dejar de ser. Esto no es necesariamente lo que ocurre pero es lo que parece. El feminismo parecería hoy perder su sentido, parecería dejar de afectarnos como nos afectaba, parecería perder su capacidad desestabilizadora. Y esto es lo que preocupa.

### **Sobre la pérdida del sentido.**

Me pregunto entonces ¿qué es el feminismo hoy? Y un gran vacío de palabras me ahueca y trastoca la seguridad de mis simientes modernas. Pregunto qué es el feminismo hoy que no me gusta solo para que una sensación de dilución se aparezca ante mí. Y digo: el feminismo hoy parece diluirse, parece que se nos diluye. El feminismo hoy está en todas partes, en todas partes y en ninguna. El feminismo diluido así llamo yo a este feminismo aguado, sin potencia, sin capacidad de dejar huellas, de marcar subjetividad. Feminismo de la lucha por el aborto, de los derechos reproductivos, de la espiritualidad, de “la globalización de la ternura”, de las asambleas, de la diversidad, de las agendas gubernamentales, de las no-gubernamentales, feminismo del Beijing+5, del género y del desarrollo. Así llamo yo a este feminismo: feminismo diluido, feminismo aguado, feminismo sin feminismo. Hoy parecería que habitamos un feminismo sin feministas, y que transitamos por la realidad unas feministas sin feminismo. ¿Es esto posible?

Un feminismo fragmentado es al que asistimos las que aun tenemos la impronta del feminismo hoy. Un feminismo esqueleto, rancio, agotado de respuesta es el que aparece ante nuestros ojos.

Por una parte, con la ficción instaurada de que ya aconteció “la revolución femenina”, el feminismo parecería ya no ser necesario. Época pasada, problema superado, parecería solo advertir de la presencia de locas trasnochadas con discursos trasnochados y de ideas trasnochadas. El feminismo parecería ya no tener sentido.

La pérdida de sentido se intuye en esta idea de lo superado que tiende contradictoriamente a una vuelta al grado cero, al retorno a un periodo prefeminista. Prefeminista no en tanto los efectos que ayudó a producir la acción feminista y que están ahí en las vidas de las mujeres, en el pensamiento y en la política cultural. Prefeminista más bien en un intento de borrado de la inscripción de origen de muchos de estos efectos. En una especie de desmemoria que comienza a (re)instalarse paulatinamente

en el pensamiento crítico y la academia conviviendo a la par con la débil tendencia al reconocimiento de la autoría de los estudios y el movimiento feminista que apenas comenzó recientemente a instalarse en Latinoamérica. Una desmemoria que empieza desconociendo el aporte del feminismo al pensamiento crítico, que continúa ignorando al menos los 30 años recientes de movilización radical de las mujeres; esto es, ignorando al feminismo como movimiento y fuerza legítima, y que concluye finalmente en un retomar esta vieja idea de que la opresión de la mitad de la población por la otra mitad de la población por razones de sexo-género es algo de menor importancia frente a la opresión de clase<sup>1</sup>.

Más allá de esta clásica discusión que creíamos ya superada, lo interesante es que ella vuelve a instalarse en un momento donde a nivel del pensamiento las categorías y las miradas producidas o ayudadas a producir por la teorización feminista han calado profundamente en la renovación de las ciencias sociales. Es así que esta deslegitimación opera más bien como un intento de despojo, de desconocimiento e invisibilización una vez más de los aportes de las mujeres<sup>2</sup>. No es casual el sin número de trabajos inscriptos en la tradición del pensamiento feminista que sin embargo no reconocen su origen sino segundas fuentes legitimadas que han hecho eco de pioneros trabajos realizados por mujeres académicas y/o activistas.

El feminismo parece perder sentido cuando dentro del mismo movimiento nos hacemos eco de esta corriente renovada de despojo y hacemos del feminismo una consigna, un agregado, una demanda o una reivindicación de política pública. El feminismo aparece así, en el mejor de los casos, como un anexo a los programas partidarios o de otros movimientos, o como ideas abstractas, metodologías y contenidos incorporados tácitamente, sin origen, sin fuente de procedencia reconocida, entablada la relación solo entre los cada vez más pocos espacios feministas.

Poco a poco parecería entonces que el feminismo está en todas partes sin estarlo. Algunas compañeras ven en esto una muestra de la efectividad del movimiento. Una capacidad del movimiento, dicen, de afectarlo todo, de haber calado a todos los niveles con sus interpelaciones. Siendo así el feminismo está en todas partes. Yo digo, en el ámbito estricto de esta discusión, el feminismo está en todas partes y en ninguna. Lo digo por que si bien es cierto aquello de que la identidad y el nombre han servido más al poder binario que a nuestras causas, y si bien sigo adscribiendo a la idea de que las identidades son en general un producto de los sistemas de dominación, también soy hoy capaz de entrever la peligrosidad de asumir posturas dogmáticas ante la crítica que hemos realizado acerca de la política de identidad. Me parece que hay en este intento de desmeritar toda posibilidad de nombrarnos y de nombrar lo que hacemos un giro perverso que no ha contribuido al final a mejorar la política feminista sino a estancarla y en el peor de los casos a hacerla imposible.

---

<sup>1</sup> Solo como una anécdota relato aquí un episodio “simpático” y no por ello menos digno de pensamiento que me ocurrió en mi reciente participación en el III Foro Social Mundial realizado en Porto Alegre en enero del 2003. Asistiendo a una de las mesas organizadas por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) dentro del Foro, una chica del equipo organizador correctamente identificada, se me acerca convocada por el distintivo de identificación del Foro donde figuro como “dominicana” y me pregunta si pertenezco a algún movimiento social de este país. Ante mi respuesta positiva la chica me pide permiso para hacerme una entrevista dentro de un proyecto de investigación sobre movimientos sociales en América Latina que realiza la CLACSO y pasa a preguntarme sobre el movimiento al que pertenezco y cuando contesto que soy del movimiento feminista me pide disculpa por que cree que no entra dentro de las categorías previstas por el estudio, así que tiene que consultar a la coordinación. Posteriormente la chica se me acerca para confirmarme que efectivamente el feminismo no entra en el estudio e insiste preguntándome si yo no pertenezco a un movimiento social, ante lo cual tengo que pasar a aclararle que el feminismo lo es.

<sup>2</sup> Hago la salvedad aunque debería ya no ser necesaria, de que utilizo la categoría mujeres a pesar de su precariedad apelando no a una identidad común y esencial sino como categoría política que nombraría un tipo de sujeto atravesado por un tipo específico de subordinación y cuya caracterización ha sido parcialmente fijada por el entramado de poder del cual forma parte. Retomaré esta postura más adelante.

Me gusta en este sentido el acucioso análisis que aporta Chantal Mouffe<sup>3</sup> a propósito de la posibilidad de la política feminista. Afirmando junto con ella esa idea lacaniana de una *inestabilidad esencial*, sí, pero de la existencia de esos *puntos nodales* que fijan parcialmente los *flujos de significados*, y por los cuales existe más allá de las dominaciones que le cohabitan, la posibilidad de sentidos compartidos y de la política misma. Si la política de la identidad constriñó y en mucho contradujo parte del pensamiento y los postulados feministas, una política feminista más acertada no partiría del error de negar los efectos y la materialidad de la identidad en nuestras sociedades. Digamos que si el patriarcado nos ha nombrado “mujeres” con toda la carga de dominación que implica y con ello hemos sido condenadas, no por dejar de nombrarnos rompemos la cadena de subordinación. Empezando, por que dejar de nombrarnos no implica dejar de serlo: Hay allí una inscripción de marca con la que nos enfrentamos toda la vida, por sobre todo y más importante por que para las culturas en las que nos movemos lo seguimos siendo, aun cuando como en el caso de las lesbianas, seamos consideradas “defectuosas”. Así pues, a quien ha convenido el efecto perverso de pensar que cualquiera es el género que quiera, como de alguna manera quedó establecido y me parece que erróneamente a partir de los lúcidos análisis de Judith Butler, no es a ese grupo humano señalado por el sistema como mujeres, nombradas siempre y siempre por el patriarcado como tales, sino a los grupos de varones que siendo aun “defectuosos” siempre serán avenidos dentro del sistema binario de poder a la categoría asignada de hombre así como a sus privilegios, aun a su pesar.

Si la política feminista tiene sentido y tiene interlocutoras concretas es precisamente por que la identidad nos constriñe con nuestro consentimiento pero aun todavía sin él, y en el espacio público y para el espacio público todavía, aun en el peor de los casos, hay marcas legibles y susceptibles de ser leídas e interpretadas y por tanto objeto de política. Es por todo ello por lo que una política de la identidad nos sirve tan poco como una política del borramiento, del nadie, del cualquiera. No cualquiera vive la especificidad del dominio que implica ser nombrada mujer, como no cualquiera vive el dominio de ser nombrado negro o india, o “desviada”, como no con cualquiera ocurre este efecto de anulación de su capacidad de creación. Pensar, pues, que es posible olvidar la inscripción de origen<sup>4</sup>, renunciar ingenuamente al nombre que nos hace un grupo dominado y precisamente por ello un colectivo político, es tan incorrecto como ha sido pensar la posibilidad de una reivindicación de ese nombre heredado como esencia y como fin único y colectivo<sup>5</sup>.

Así pues, si con el feminismo ocurre este efecto de desmemoria, de anonimato, esto no es cualquier cosa, como no es cualquier cosa exigir el reconocimiento de la propia autoridad y de la capacidad de autoría. Es preocupación de unas cuantas y debería serlo de todas la imposibilidad de nuestra cultura de otorgar capacidad simbólica y de pensamiento autónomo a las mujeres. Esto no es un dato, esto no es un grito infantil de egocentrismo, este talento intrínseco de la cultura falocéntrica de desconocimiento de los productos culturales y simbólicos producidos por quienes se suponen que solo

<sup>3</sup> En Judith Butler y Joan W. Scott (comps)(1992), *Feminists Theorize the Political*. Routledge, EEUU.

<sup>4</sup> Quizás es bueno precisar para evitar malos entendidos que la expresión inscripción de origen refiere a la inscripción social a la que estamos predeterminados al momento del nacimiento, y aun antes.

<sup>5</sup> En este punto no puedo extenderme ahora, aunque es parte de una reflexión más amplia en la que me encuentro. Solo quiero decir, contrario a lecturas e interpretaciones que andan por ahí, que es esta postura la que al final de cuentas he encontrado en autoras como Judith Butler, Teresa de Lauretis o Françoise Collin a través de sus excelentes aportes al debate sobre la identidad. Veo en ellas la sapiencia de un pensamiento que se pregunta por todo, encuentra respuestas y sigue preguntando, sin dar nada por definitivo. El error fundamental de sus lectoras como en el mundo de los y las lectoras en general es apegarnos a una respuesta y hacerla dogma sin volver a preguntarnos con las autoras o sin ellas por la eficacia de las respuestas dadas. El error es pensar que una respuesta es siempre **la** respuesta y no parte de la búsqueda y de la interrogación. Que aun un sí enérgico y al parecer concluyente lleva siempre y siempre el signo de pregunta y la impronta de la caducidad.

son consumidores, es parte fundamental del despojo y de la estabilización de las categorías que fijan las relaciones de poder. Que esto pase hoy al feminismo, no es nuevo. Ya ha pasado antes con los grupos originarios, con los pueblos africanos y sus descendientes, ocurrió también con las brujas y al interior de la revolución francesa, ocurre en las artes y en las culturas populares, y los ejemplos viejos y nuevos se reproducen por doquier.

Despojadas y despojados de nuestras realizaciones fundamentales aparecería en la historia la idea de un solo grupo capaz de producir pensamiento, saberes y bienes culturales. Que esto ocurra hoy al feminismo es un despropósito, una pérdida de nuestra capacidad de inscripción, de dejar huellas. Y que esto ocurra tiene que ver con esta pérdida de potencia, con esta dilución en la que transcurre desde hace unos años nuestro feminismo. Tiene que ver con esta pérdida de sentido de la que hablaba y de la que aún veo yo otras dos pruebas que dan cuenta de ella.

Así, pérdida de sentido veo yo también, en esta sensación de parálisis, de inmovilidad, de agotamiento de las respuestas y de la capacidad de establecer hipótesis de comprensión que den cuenta de lo nuevo que acontece ante nuestros ojos. El feminismo parecería haberse quedado sin enunciados contundentes, atrapado en sus viejas categorías, en sus formas modernas de comprensión del mundo. Decimos: - “nada ha cambiado, solo han cambiados las formas”. Sentimos: un aburrimiento, una falta de pasión, un vacío inmenso, unas ganas de escapar de lo mismo. Sabemos que algo anda mal. Lo sabemos. Nos aburrimos a morir en encuentros y conferencias: - “No hubo nada nuevo” – “Fulana habló lo mismo”. Cuando la sociedad se dice reivindicadora de los derechos de las mujeres, cuando no hay más que discurso sobre la tolerancia y la diversidad, cuando se nombra el fin del patriarcado, no hacemos nosotras más que sentir el asco de lo mismo, no hacemos más que darnos cuenta de la estabilización de todo aquello que alguna vez nuestro feminismo desestabilizó. ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es lo que nos pasa? ¿Qué hacer ante esta sensación de inmovilidad que parece perturbar hoy en el feminismo? Cómo nos con-mueve este sin-movernos?

Quiero, finalmente, decir aún una pérdida de sentido fundamental que intuyo en el feminismo de nuestra época. Quizás es lo más importante que pueda decir sobre la pérdida de sentido de nuestro feminismo de hoy. Hace un tiempo que vengo pensando acerca de esta sensación de falta, de vacío que no logra ser llenado por la experiencia feminista actual. El feminismo que conocí y del que me enamoré me colmaba, me hacía sentir a gusto en un mundo que no me gustaba. El feminismo era un movimiento y un lugar de pertenencia, era la posibilidad de soñar y de experimentar ser diferentes. Era una especie de estado subjetivo que te hacía vivir de otra manera. Era un estilo de vida, una forma de existencia, algo que nos envolvía y nos hacía diferentes a la vida común que despreciábamos por todas sus formas de subordinación. Ser feminista era por sobre todo una forma de ser y de habitar el mundo, no era sólo una forma de oponernos a él o de reclamar derechos. Era un no y un sí. El feminismo nos volvía otras y ser feministas era poseer una marca. Es por eso que quiero sostener que el sentido máximo del feminismo era además de movernos, hacernos otras. El feminismo nos hacía otras y su mayor capacidad era la de construir nuevas subjetividades. El feminismo era una especie de des y re subjetivación. El feminismo marcaba, era un lugar de inscripción como lo era la escuela, la familia, o la iglesia. Ser feminista era vivir de otra manera, era *un arte de vivir* a la mejor manera foucaultiana.

Desde este lugar puedo ahora ver y evaluar de forma distinta los mitos, los prejuicios y los peligros que supuso en otra época ser feminista. Ser feminista era peligroso, era perverso y era mal visto. Peligrosas éramos las feministas. Mitos de mujeres carnívoras, depravadas, monstruosas, brujas, orgiásticas, nos rondaban. El feminismo marcaba y esa marca era reconocida en nuestras sociedades como peligro. Ilusas pensamos que cuando la sociedad dejó de reconocer un peligro en nosotras habíamos ganado la partida. Quizás fue allí el primer síntoma de que algo andaba mal. Si las feministas eran un peligro era

por que interpelaban desestabilizando las formas legitimadas y aprobadas de ser y habitar el mundo. Si nuestra subjetividad era objeto de distinción era porque habitábamos el mundo de una manera distinta del resto. Ser feminista era ser diferente y era mostrar al mundo, a las mujeres, a los hombres, a las instituciones que se podía ser de otro modo y feliz. Era una marca que se llevaba con orgullo.

Aun recuerdo los mitos que existieron durante mucho tiempo en mi país respecto de las feministas. Para el común de la gente las feministas eran unas locas que andaban desgreñadas, en chancletas<sup>6</sup> y sin arreglarse. Lo de desgreñadas remitía a que solían soltarse el pelo rizo y rebelde que tenemos las mestizas caribeñas y lo de sin arreglarse tenía que ver con que abandonaron los cánones de belleza tradicionales que imponían la esclavitud del maquillaje, de los tacones altos y la preocupación por la estética de mercado. De esas feministas aprendí otros modelos estéticos posibles y de vivir fuera de la lógica patriarcal y consumista. De ellas aprendí que la mayor oposición al sistema venía de una actitud diligente de vivir por fuera de los cánones impuestos. La rebeldía tenía que ver con una postura ante el mundo que se expresaba en algo tan simple como llevar uñas cortas sin pintar, dejarse crecer el pelo de las axilas y del pubis y amar a quien se diera la gana por encima del mandato heterocéntrico. En el ser feminista entonces, había una vinculación muy estrecha entre pensamiento y acción, o al menos a eso aspirábamos<sup>7</sup>.

No sé cuando comenzó a cambiar todo eso ni porque. Sé que de repente un día miré a mi alrededor y la idea de comunidad había desaparecido, así como el orgullo con que nos parábamos para diferenciarnos y decir he aquí otra manera posible de vivir. Las feministas hoy somos cualquiera y cualquiera puede ser feminista. Eso por una parte está bien, por otra me pregunto cuánto hemos tenido que sacrificar para ampliar las bases y ser legitimadas. Recuerdo ahora con pesar (aunque quizás fuera necesario en su momento) como todas nos volvimos cómplices de esta normalización del feminismo. Se volvió parte de lo políticamente correcto burlarnos del tal feminímetro, aparato que supuestamente podía medir nuestro grado de feminismo. Si esta burla sirvió para frenar la persecución paranoica y compulsiva que nos hacía entrar en reproducciones terribles de esa práctica partidaria tan común de algunas izquierdas de especies de tribunales de conciencia, también es cierto que ayudó terriblemente a desprestigiar la idea de que ser feminista era mucho más que reivindicaciones puntuales de una agenda y concernía a formas de habitar el mundo. Esto es, remitía a eso de lo que se ha hablado tanto de una relación intrínseca entre proyecto político y proyecto de vida (a propósito de aquello de que lo personal es también político). Eso que llamo, acogiéndome al concepto foucaultiano, una “*estética de la existencia*”.

En el momento en que nos enfrentamos a la presión externa de incorporación y a la necesidad interna de convocar, las feministas perdimos de vista que efectivamente cualquiera puede ser feminista, pero no cualquiera lo es. Si ciertamente ninguna tiene la potestad de definir quien es o no es feminista hay acuerdos básicos fundamentalmente éticos que refieren a modos del hacer y de habitar el mundo, que tienen que ver con este poder decir “nosotras”, y que tienen que ser definidos, habitados y en constante reformulación. No es que haya niveles del ser feminista, no hay nadie más feminista que otra, hay eso

---

<sup>6</sup> Chinelas, que las feministas usaban para ir a cualquier lugar cuando aun no estaban estas de moda y solo se usaban para estar en la casa.

<sup>7</sup> Quizás a la mejor manera de Adrienne Rich quien con su propuesta de una *política de la posición* apela a “empezar por lo material. Recoger de nuevo la larga lucha contra la abstracción arrogante y privilegiada...una rebelión contra la idolatría a las ideas puras...abstracciones separadas de los actos de la gente viva, que son devueltas a la gente en forma de eslóganes.” Haciendonos ver que: “los sentimientos son inútiles sin los hechos...” (En “Apuntes para una política de la posición”. *Sangre, pan y poesía*. Prosa escogida 1979-1985. (2001), Icaria, Barcelona); o a la mejor manera de Hanna Arendt para quien la distinción no es una esencia sino un logro, algo que se consigue con la palabra y la acción. (En *La condición humana* (1993), Piados, Barcelona)

sí, búsquedas colectivas de formas distintas de ser y estar que luego toca a cada una su traducción. Creo que ahí la idea y el sentido de comunidad, de sostén de los procesos de cada una, lo cual implica la crítica colectiva y la autocrítica permanente, son fundamentales. En el momento que esto falló, mellado por las presiones diversas de ampliación del movimiento, al tiempo que la crítica avasalladora sobre la política de identidad se cernía sobre nuestras cabezas, la posibilidad de un feminismo que marcara radicalmente nuestras vidas se fueron minimizando drásticamente.

Apunto a creer que de este proceso resultó disminuida la capacidad del feminismo de afectarnos subjetivamente y construir nuevos sentidos del ser y el hacer. En el momento en que se acható la diferencia entre una feminista y quien no lo es, la política feminista pasó a ser otra cosa que un lugar de inscripción, el feminismo pasó a ser un movimiento de demandas y reivindicaciones sobre las necesidades de la mujeres, su política se convirtió en pura administración<sup>8</sup>. De allí al denunciado proceso de institucionalización<sup>9</sup> y de inserción del feminismo como un punto de agenda objeto de políticas públicas sólo hubo un paso. El feminismo pasó a ser “la cuestión de género” y a estar como un punto más en las agendas públicas. Todo un logró! Yo digo, todo un vaciamiento! Hoy, luego de una década de este proceso de expansión cuando podemos enfrentarnos en el día a día con la realidad de un feminismo sin feministas, cuando las feministas nos encontramos sin un lugar de adscripción que nos devuelva el sentido y nos permita construir un nosotras, podemos pensar mejor el significado del feminismo y de lo que hemos perdido en el caminar. Si el feminismo no implica ya una postura distinta ante la vida, si ya no implica una subjetivación otra, si ya no nos afecta radicalmente en nuestras manera de ser y estar en el mundo, entonces, para que nos sirve?

### **El feminismo diluido.**

Creo que si hoy el feminismo ya no nos afecta como nos afectaba antes, si el feminismo no nos enseña otros caminos y nos hace distintas, si el feminismo no nos deja huellas es porque ha perdido mucho de su sentido. Y la pérdida de ese sentido tiene que ver con la pérdida de su potencia de inscripción. Si el feminismo hoy no hace nada con nosotras, si nos deja indiferentes, si solo es demanda y reivindicación, entonces el feminismo ha perdido su sentido fundamental. Si el feminismo no nos cambia ha perdido en mucho su efectividad, su capacidad transformadora.

Quizás lo que digo no sea tan cierto, siempre hay algo de verdad y algo que no en nuestros ejercicios de pensamiento. Por eso quiero hablar por mí y por lo que siento y lo que veo. Lo que veo es que soy una feminista desarraigada, una feminista sin lugar de adscripción, una feminista que ya no forma parte de un colectivo más amplio con quien comparta intereses, accionar, pasión y utopías.

Escucho decir que el feminismo se ha extendido a todas partes y me pregunto, por qué entonces esta sensación de soledad? Por qué parecería que hoy como nunca cuando somos tantas, cuando hemos expandido nuestras bases, somos incapaces de acciones contundentes y articuladas? Por qué si el feminismo es tan eficaz parece haber perdido su capacidad de movilizarnos? Por qué el feminismo se nos aparece vacío, deshabitado? Por qué el feminismo no ayuda a establecer mejores relaciones entre las mujeres? Por que las feministas hemos perdido el sentido de comunidad política? Dónde perdimos

---

<sup>8</sup> Fina Birulés (1995) en su análisis sobre la filosofía de H. Arendt en “La especificidad de lo político: Hannah Arendt”, Eutopías 2da Época, Vol. 89, 1995, Centro de Semiótica y teoría del espectáculo, Valencia.

<sup>9</sup> Vale la pena recordar este proceso de denuncia que se realizó desde la corriente autodenominada del feminismo autónomo. La denuncia realizada incluyó dentro de sus críticas esta pérdida del sentido feminista que ya ocurría a principios de los años 90's, apelando a la autonomía del movimiento como la capacidad del mismo de colocarse por fuera de lo establecido y pensar y ejercitar otras formas de habitar el mundo.

la alegría del encuentro, el deseo de compartir, la euforia del estar juntas? Es ahí donde digo que vivimos un tiempo de feministas sin feminismo: Feministas habremos pero parecería que ya el feminismo no es capaz de convocarnos y articularnos, parecería que es incapaz de construir una identidad política común que nos permita accionar de manera conjunta, adscribir a una ética compartida y encontrar nuevos sentidos de libertad y placer.

Un feminismo sin feministas habla de un llamado feminismo que opera al interior de las instituciones despojado de sus sentidos fundamentales y operado por las burocracias estatales y no estatales al servicio de una supuesta “agenda de las mujeres”. Un feminismo sin feministas sería aquel despojado de su capacidad de inscripción subjetiva, de su capacidad de marcar y que opera dentro de la lógica de las “necesidades” y las “demandas específicas de género”. Este feminismo sin feministas es un “feminismo” tecnocrático al servicio del mejoramiento del sistema y que ha dejado en el camino la idea de otra forma de habitar el mundo y construir la realidad. Este feminismo sin feministas es el que casi siempre se ha logrado instalar de manera legítima en la academia y el pensamiento crítico abstrayéndose de un compromiso concreto con las mujeres y con las producciones de las mujeres<sup>10</sup>. Cuando llamo a este quehacer y a esta situación feminismo sin feministas, lo hago pensando en la ingenuidad con que muchas feministas llamamos a esto el feminismo en todas partes.

***Feminismo diluido*** llamo yo a esta forma en que se me aparece el feminismo hoy. Uso esta figura en oposición a la idea de concentración. Si algo está diluido, o está diluyéndose es por que deja de estar concentrado, articulado, cohesionado. Lo que quiero expresar es esta falta de potencia que se expresa en el “todas juntas”, en aquella frase tan manida y no por ello menos real de que “en la unión esta la fuerza”. Parecería que el darnos cuenta de las diferencias entre nosotras ha vuelto imposible la posibilidad de una política y un accionar compartido. Parecería que el conjunto que formábamos, descubierto como rompecabezas, se estalló en mil pedazos y ha sido imposible recomponerlo de nuevo. *Feminismo diluido* llamo yo a esta imposibilidad de armar las piezas y articular una política que de cuenta de la diversidad de opresiones y de enemigos comunes, asentándose en la idea de “semejanza de familia”<sup>11</sup>. *Feminismo diluido* es ese que en aras de su expansión ha perdido toda su fortaleza interna, su capacidad de relacionarnos, de afectarnos internamente. El *feminismo diluido* en su incapacidad de afectarnos y conmovernos nos ha hecho olvidar el placer y el goce de la rebeldía compartida, nos deja atadas mientras hablamos de libertad, no nos potencia en nuestra capacidad de disfrute de nuestra autonomía, nuestro cuerpo, nuestras relaciones, nuestras producciones y creatividad. El *feminismo diluido* es agenda por cumplir que se lleva a cabo de 9 a 5 de la tarde y no tiene nada que ver con lo que nos espera en casa. Es el resultado de una política hacia afuera, que hace pública muchas problemáticas antes consideradas privadas, pero sin afectar subjetivamente la vida de las mujeres y de los hombres. No las cambia subjetivamente por que deja sin afectar los sentidos del vivir y los sistemas de valores heredados de la modernidad patriarcal.

Con ello la política feminista que surgió como una nueva forma de hacer política planteando desafíos importantes a la categoría misma de lo político, parece haber sufrido un proceso de reajuste como parte de su proceso de adaptación. Así el *feminismo diluido* se nos presenta como parte de una tendencia a la reestabilización de todo aquello que había sido desestabilizado o puesto en peligro. Me refiero a cuestiones fundamentales que fueron objeto de la crítica feminista así como de su acción. Cuestiones

---

<sup>10</sup> Quizás la idea que más se acerca a lo que quiero expresar aquí es aquello de “lo femenino sin las mujeres” a lo que alude F. Collin en su trabajo Praxis de la Diferencia publicado por la revista Mora, No. 1 de agosto del 1995.

<sup>11</sup> Esta idea de Wittgenstein es presentada por Ch. Mouffe (Ibid), para dar cuenta de la posibilidad de una política común feminista aun después de haber sido descartada la idea de una esencia y una identidad común de las mujeres. Con ello intenta explicar una unidad posible dada por la existencia de una “fijación parcial de identidades” que haría posible una identidad feminista.



que hoy han sido abandonadas por discursos huecos y frases clichés. Esas cuestiones fundamentales fueron desestabilizadas no a través de un programa de partido que las incluyera, no gracias a la política pública lanzada por un ministerio de la mujer, ni gracias a un cartel alusivo a la legalización del aborto. Esas cuestiones fundamentales fueron puestas en peligro a través de la puesta en acto de opciones y formas de vida distintas a las conocidas, a través de un accionar y un caminar que lograba articular teoría y práctica, acción y discurso. Esas cuestiones fundamentales me parecen tenían que ver más con la construcción colectiva de nuevos sentidos del vivir y del compartir, con la búsqueda de la autonomía y con un experimentar por fuera de lo instituido y colonizado por el poder.

**Un feminismo potente es aquel que nos permite compartir experiencias y nos ayuda a ser diferentes.**

Vengo tratando de expresar algo desde hace unos párrafos pero no se como hacerlo. Hay un dolor de una perdida que llevo conmigo. Hay un dolor que intuyo en otras compañeras también. Cuál es el mayor sentido de lo perdido? Yo no lo sé precisar con palabras más puedo sentirlo, cada una de aquellas con las que me encuentro también lo siente, más, como volver esto pensamiento como traducirlo a palabras sabias? Quizás es mejor intentar huirle a los viejos conceptos con los que contamos que al final parecen ya no servirnos. Estoy pensando en imágenes y llegan a mis oídos murmullos, cantos, risas, chillidos. Veo sonrisas, abrazos, baile, siento calor, calor humano, deseos de compartir, de estar. Estas son las imágenes más potentes que me llegan de ese feminismo perdido y que añoro. Y esto lo digo a sabiendas del riesgo. Sé de las trampas de la memoria y esto de que “no hay mas paraíso que aquel que se perdió”. Más, esto debe inhibir nuestra posibilidad de ver a la luz del presente el pasado y encontrarle sentido? Esto nos hace cómplices de proyectos conservadores que pretenden encerrarnos en valores tradicionales y desechados precisamente en nuestra búsqueda de un mundo mejor? Me parece que no. De hecho el presente siempre viene a ser o tendría que buscar ser una buena síntesis entre lo que hemos aprendido y lo que nos falta. La memoria, esa ilusión que da cuenta de lo que somos hoy a través del invento constante del pasado, nos es útil siempre por que ella da cuenta de lo que queremos y de lo que no.

Qué del feminismo de ayer nos sirve? Si ciertamente este feminismo que se rompió estaba lleno de cosas por desechar, de prácticas a superar, eso significa que nada de él aprendimos, que nada de él es rescatable? Me niego a creer en ello. También es cierto aquello de que una no valora lo que tiene hasta que lo desecha. Hoy puedo ver las virtudes del feminismo que hemos perdido y hoy puedo decir que este que tenemos no me gusta más. Yo siento que este feminismo que tengo hoy me ha alejado de cuestiones fundamentales que no quería perder a pesar de mis críticas insistentes e implacables a aquel otro. Hoy cuando ni siquiera puedo ser implacable en mis críticas, cuando no hay compañeras a quien interpelar y que me interpielen, puedo reconocer que lo que hemos perdido es mucho y es fundamental. Esto quiere decir un volver atrás? un intento de resucitar lo que tuvimos? Si pensara eso fuera una descontextualizada y definitivamente pecaría de inocente. Creo que el camino que hemos recorrido es valido, que quizás ha sido necesario este tiempo para poder crecer, valorar y mejorar lo que hemos tenido. Creo en la mejor tradición de Benjamín y de Agamben que la síntesis y los aprendizajes solo se hacen posible después de un padecimiento, después de un periodo de enfermedad cuando se ha tocado fondo y parece haberse perdido todo sentido y todo horizonte. Creo que solo después del incendio, solo cuando volvemos a las ruinas, olemos el polvo y sentimos el vacío podemos reconstruir lo nuevo en el mejor sentido recuperado e inventado de lo que se quemó. Quizás el pasado que digo que tuvimos nunca lo tuvimos, quizás solo es mi añoranza de lo que quisiera tener ahora. Si es así, bienvenido sea este invento, bienvenida sea la añoranza que me permite soñar con lo que me falta.

Quiero terminar recordando un viejo chiste feminista, que yo misma use mucho, del que yo misma me reí tanto y que puede ejemplificar el sentido perdido del que hablo y al que aspiro. El chiste dice:

¿Cuántas feministas se necesitan para poner una lamparita de luz?

Cincuenta y una, una para poner la lampara y cincuenta para compartir la experiencia

Quizás en este chiste está condensado ese sentido del feminismo del que hablo. Quizás lo que estoy tratando de decir es que el feminismo ha perdido parte de su sentido por que ha dejado de ser un compartir experiencias. Quizás todo lo que he dicho no tiene más razón que decir esto de que el feminismo ya no nos permite compartir experiencias y disfrutar de ese compartir. Quizás allí estaba todo el placer que nos producía, todo el sentido que buscábamos y que hemos hoy perdido. Quizás el feminismo, nuestro feminismo de hoy en todas partes ya no nos permite compartir y disfrutar del poner de una lamparita. Quizás hoy las feministas hemos aprendido a ser “eficientes” y a instalar redes completas de electricidad, pero quizás esto no nos basta ni nos afecta como creíamos y esperábamos. Quizás un movimiento está para proporcionarnos mucho más que leyes, consignas, discursos, políticas. Quizás un movimiento solo tenga sentido si nos mueve en todo, si nos afecta en nuestras simientes, si nos retorna la alegría, la hermandad, el sentido del vivir que nos hace falta, si tiene la capacidad de volvernos **diferentes**.